



ÁREA 3. CUADERNOS DE TEMAS GRUPALES E INSTITUCIONALES

(ISSN 1886-6530)

www.area3.org.es

Nº 24 – Invierno 2020

Al saber ocupo un lugar: Evaluación de un grupo de cultura en un Centro de Día ¹

Adrián López Sanz ²

“Pero ¿qué significa hablar para aquellos a quienes se nos ha negado acceso a la razón y al conocimiento, para aquellos a quienes se nos ha considerado enfermos? ¿Con qué voz podemos hablar? ¿Nos prestarán sus voces el jaguar o el ciborg? Hablar es inventar la lengua del cruce, proyectar la voz en un viaje interestelar: traducir nuestra diferencia al lenguaje de la norma; mientras continuamos, en secreto, haciendo proliferar un bla-bla-bla insólito que la ley no entiende.”

“Un apartamento en Urano” Paul. B. Preciado

“Cuando el grupo deja de ser, tendremos el diagnóstico definitivo sobre su finalidad, con su fin se conoce el fin.”

Armando Bauleo

1. INTRODUCCIÓN

Esta comunicación tiene como objeto transmitir una experiencia grupal desarrollada en el Centro de Día de soporte social San Blas, un recurso de rehabilitación de la Red de Atención Social a personas con enfermedad mental perteneciente a la Comunidad de Madrid. En concreto se trata del grupo de Cultura, que se venía desarrollando en este dispositivo desde 2016.

¹ Trabajo presentado en las II^{as} Jornadas de la Escuela de Área 3. Asociación para el Estudio de Temas Grupales, Psicosociales e Institucionales, celebradas en Madrid el 28 de febrero de 2020

² Adrián López es psicólogo. Madrid

La evaluación del grupo de Cultura, por medio de los vectores del cono invertido, nos ofrece un panorámico sobre cómo se fue constituyendo el grupo centrado en la tarea y sus efectos transformadores sobre las personas que participamos en él.

Nuestro trabajo diario en el Centro de Día gira en torno a la desconexión social. El grupo de Cultura nos llevó a reflexionar sobre la relación existente entre el saber, los lugares sociales y la salud mental, y supuso una experiencia emocional correctiva, que nos permitió experimentar con cambios de lugar que nos habilitaron para afrontar la realidad de manera más adaptativa.

2. INICIOS DEL GRUPO

La Asamblea fue uno de los primeros encuadres que se diseñaron en el Centro de Día. Se pensó como una herramienta para facilitar la gestión compartida dentro del Centro. En ese espacio grupal las personas que acuden pueden expresar sus necesidades y, de manera asamblearia, se toman decisiones en relación a la organización del Centro (espacios, normas, convivencia, actividades, etc.). De las necesidades que expresan en este encuadre los usuarios surgen muchas de las actividades que después se desarrollan. El grupo de Cultura surgió de la demanda de varios usuarios de “*aprender*”. Su propuesta era empezar desde 4º de EGB, recordar el abecedario, realizar ejercicios de matemáticas o mejorar la ortografía. Esta propuesta convocó a un conjunto de personas que empezaron a trabajar juntas con un profesional del equipo. Desde las primeras reuniones, se pudo observar el juego de depositaciones-asunciones y la estructura vincular que se planteaba. Los usuarios eran personas que no sabían nada o lo habían olvidado como consecuencia de su enfermedad mental. Y en el otro extremo se situaba el profesional, figura en la que se depositaba todo el saber, un otro que podía instruirles en todas las materias, matemáticas, sociales o lengua. Dentro de sus demandas, se incluía que el profesional les dictara textos para mejorar su ortografía o les pusiera cuentas.

El equipo profesional se sentía confuso y descolocado ante esta demanda. No podíamos leer más allá de la misma y sentíamos frustración frente a la perspectiva de ocupar un lugar que no considerábamos adecuado a nuestra profesión y nos recordaba demasiado a los lugares tradicionales en rehabilitación. Paradójicamente, acabábamos ocupando igualmente lugares de saber/poder cuándo creíamos entender que lo que el usuario necesitaba no era ese tipo de grupo de cultura. Fue necesario el trabajo con estas cuestiones afectivas e ideológicas que suponían un obstáculo para poder acoger realmente su demanda.

La Concepción Operativa de Grupos nos permitió leer en esa demanda y en nuestra reacción, la confluencia de los diferentes ámbitos que lo configuraban como un emergente. La persona diagnosticada como depositaria de un determinado lugar social que viene a reproducirse dentro de la institución. Nos ayudó a entenderlo como una

repetición, un pattern de conducta, un intento de comunicar un mensaje. Como apuntaba Pichon-Rivière, nuestra labor consistía en “captar la comunicación, hacernos cargo de ella y trabajar con ella como un riel”. Por tanto, el equipo decidió hacer una propuesta que, respetando su demanda y el rol adjudicado (que básicamente es una depositación de confianza), trataba de introducir cambios en lo más estereotipado del rol y a la vez hacía las funciones de interpretación. Les devolvimos que los profesionales no *sabíamos* de todos estos contenidos pero podíamos ayudarles a organizarse dentro del grupo para alcanzar su objetivo. Esto llevó a que el grupo se organizara de la siguiente manera: cada día un participante instruiría en una materia o expondría un tema sobre el que después el grupo podría trabajar, a través de ejercicios o debates. Evidentemente, en esta propuesta quedaban muchos elementos sin definir, que más adelante obligarían al grupo a hacer construcciones conjuntas.

El grupo se inició con seis personas pero se decidió, entre los participantes, que fuera posible incorporar a nuevos miembros, siempre que se hiciera una demanda ajustada a los objetivos del espacio y el grupo lo aceptara. La coordinación del grupo, que asumió en un inicio la Terapeuta Ocupacional, pasó más adelante al Psicólogo del Centro, pero siempre bajo la supervisión del equipo. Al inicio de cada año realizábamos una recogida de expectativas y se revisaban los objetivos dentro del grupo, y al finalizar el año realizábamos una evaluación conjunta con los usuarios.

3. EVALUACIÓN DEL PROCESO GRUPAL

A continuación expongo la evaluación del proceso grupal desarrollado en este espacio de Cultura a través del esquema de los vectores del cono invertido, una herramienta desarrollada por Enrique Pichon-Rivière de gran utilidad para evaluar grupos, organizaciones y comunidades. El cono invertido es un recurso visual para comprender mejor cómo se lleva a cabo el análisis sistemático de las situaciones grupales, es decir, hacer explícito lo implícito, o lo que más concretamente se llama interpretación. Sobre este cono ubica los vectores, que describe como constantes o fuerzas que permiten la valoración de las distintas situaciones por las que pasa todo grupo.

La extensión del material me ha obligado a recortarlo. Esto podría dar en ocasiones la sensación de proceso lineal, pero tenemos que recordar que los logros en los diferentes vectores no son estables y que aparecen constantemente nuevas contradicciones.

Afiliación o Pertenencia

Los inicios del grupo estuvieron muy marcados por las primeras etapas del proceso de pertenencia: tendencia a reproducir relaciones de dependencia, observada en la

demanda inicial, y escasa identificación con la tarea que provocaba irregularidad en la asistencia, llegando a suspender sesiones por falta de gente.

Con el tiempo, se fue dando una evolución importante en este vector. La tarea manifiesta, que siempre había sido “aprender” se fue construyendo y rellenando de sentido dentro del grupo a medida que sus integrantes podían profundizar en sus necesidades y compartirlas con sus compañeros, dando el paso de tener necesidades comunes a una necesidad en común con los otros, como señala Marta Manigot.

Este proceso fue posible gracias a la lectura de emergentes que iban surgiendo en el grupo y que abrían la posibilidad de hablar sobre estas cuestiones. Especialmente relevantes fueron las múltiples ausencias del inicio que obligaron a hablar de para qué venía cada uno al grupo y de la contradicción que nos acompañó durante mucho tiempo entre lo viejo y lo nuevo. Mientras que una parte del grupo demandaba “hacer cuentas” por sus problemas con “el cambio” o recordar materias de la EGB, otra parte del grupo sentía que eso les infantilizaba.

En la última temporada, el grupo expresaba así su objetivo: *“aprender para estar en el mundo socialmente y sentirnos seguros en nuestras relaciones”*. En este espacio se ha hablado mucho de que se sentían *“desconectados del mundo y de la actualidad”* y de que esto les generaba inseguridad a la hora de relacionarse porque sentían que no sabían de qué hablar. Una participante explicaba cómo a raíz de la enfermedad, se instaló en ella una sensación de vacío, de que no sabía nada, y esto le dificultaba mucho relacionarse con otras personas. Hace poco refería que la variedad de temas tratados y los debates le hacían sentirse *“como antes de la enfermedad, con más confianza para entablar conversaciones”*.

A medida que la tarea se iba construyendo y explicitando, el grupo ha ido registrando la importancia del otro para la consecución de sus objetivos. Los otros eran fuente de información con sus aportaciones y además entre ellos se daban la confianza necesaria para colocarse en lugares de saber. Estas verbalizaciones, recogidas en el grupo, lo muestran: *“yo para aprender solo me voy a la biblioteca, vengo aquí por la tertulia”, “el grupo sirve para ver cómo piensan los otros”, “me ha gustado hablar a los otros de cosas que eran importantes para mí”*. Como dice Marta Manigot, la tarea es redefinida desde adentro y asumida con otro nivel de compromiso en cuanto apunta al logro del objetivo grupal. Esto llevó a que el grupo disminuyera en número pero ganara en cohesión. Actualmente son menos participantes, pero existe una imagen grupal clara, se avisan cuando no van a venir, saben quién viene y quién no, se preguntan por las ausencias sin justificar, se expresa preocupación ante las deserciones pero también se cuenta con el resto para seguir adelante.

Cooperación

Desde el vector de la cooperación, se podía observar cómo en un inicio la ausencia de roles diferenciados, a excepción del líder ubicado en el profesional, impedían que se desarrollaran conductas cooperantes. Como dice Carlos Iñón, las cuestiones de poder tienen mucho que ver con la distribución de fuerzas en este vector. En este grupo el poder se jugaba a través del saber, quien tenía el saber podía decidir sobre los temas que se iban a tratar, cómo se organizaban las sesiones, si algo era pertinente o no etc. Al inicio, el poder estaba ubicado de manera exclusiva en el profesional.

El trabajo del equipo profesional para movernos de ese lugar, junto al avance en otros vectores (pertenencia y comunicación), permitieron a sus integrantes ocupar lugares diferentes desde los que poder expresar y aportar al grupo aspectos sanos de su personalidad, que es lo que implica la cooperación. No faltaron movimientos resistenciales dentro del grupo, que intentaban volver a depositar este saber en algunos miembros concretos de manera estereotipada, “tú eres el más culto”, “tú eres el que sabe”, “el grupo no funciona porque ellos han perdido interés”. Todo este tipo de reorganizaciones descompensadas y estereotipadas son fuerzas contrarias a la cooperación, por lo que nuestras intervenciones iban encaminadas a esclarecer estas situaciones y trabajar con ellas.

Los miembros del grupo cada vez cooperaban más, tanto en la elección de los temas como en la propia preparación de los mismos. Se animaban a concretar las propuestas, se daban ideas, se preparaban temas conjuntamente y se ofrecían apoyos unos a otros.

Pertinencia

En el desarrollo del grupo, fuimos identificando varios emergentes que leímos desde el vector de la pertinencia, que marca la capacidad del grupo para centrarse en la tarea y se mide por el grado de productividad y creatividad que desarrolla el grupo. Se registraron periodos de muchas ausencias. En más de una ocasión ocurrió que se decidía un tema para tratar en la siguiente sesión y después no se respetaba y el grupo empezaba a hablar de otra cuestión. Una persona queda encargada de preparar un tema para la siguiente sesión y no lo hace, añadiendo que, “en realidad no sé ni leer, no sabría ni por dónde empezar para elegir tema”. Dos personas que dicen no poder preparar temas porque “no sé nada”.

Estos emergentes, que en un momento dado pueden ser leídos desde el vector de la pertinencia, pues son acciones no orientadas a la tarea, pueden después conectarse con diferentes vectores. En “ascensor” nos llevan a preguntarnos por la cooperación y en última instancia con los objetivos que reúne a los miembros del grupo. Sin embargo, muchas veces también se relacionan con aspectos a trabajar en el vector de

la comunicación, pues apuntan a algo que está ocurriendo en el grupo y no está pudiendo ponerse en palabras, malentendidos, conceptos que necesitan ser aclarados o redefinidos, o en el vector del aprendizaje, pues hacen emerger las dificultades para moverse de roles estereotipados.

A este grupo en concreto, le llevó a revisar y seguir construyendo entre todos, y cada uno de manera particular, lo que era el rol de informador, qué implicaba colocarse en el lugar del saber, qué generaba este lugar, etc. Se decían cosas como, “no siento que pueda transmitir nada”, “yo no sé nada”. También se apuntó a lo que los miembros consideraban que eran acciones pertinentes, “no hace falta leer mucho, ni aprenderse algo de memoria”, “es importante que sea un tema que nos interesa y pensar cómo lo vamos a transmitir”, “se puede traer algo escrito o no”, “puede ser algo de lo que nos hemos informado o que sabemos por haberlo vivido”. Estas expresiones de las dificultades y miedos para colocarse en ese lugar de informador, son acciones pertinentes, pues apuntan al trabajo con la tarea implícita.

En la última fase del grupo se observaban conductas muy orientadas a la tarea, se asumía el rol de informador con naturalidad y, cada vez de manera más genuina, los miembros conectaban inmediatamente con sus contenidos, experiencias y conocimientos en relación al tema tratado, y los compartían. Los miembros hacían preguntas al informador y al grupo sobre cuestiones que no habían entendido o dudas que les iban surgiendo. Son acciones pertinentes, en el plano manifiesto, porque facilitaban que se compartiera mucha información y que la gente la pudiera incorporar, y en el plano latente, porque les situaba en un rol muy activo, siendo ellos los que movilizaban sus propios recursos para hacerse con la información o compartirla.

Comunicación

El vector comunicación implica la capacidad del grupo y sus integrantes para poner en común información, experiencias y sentimientos. En los inicios se observaba de manera más marcada un estilo de comunicación radial con el profesional en el epicentro, todas las comunicaciones pasaban por su figura. Esto bloqueaba la comunicación entre los participantes y generaba mucho malestar en el profesional (ansiedad ante depositaciones) que se sentía abrumado y sobrecargado pero no encontraba manera de moverse de ese lugar. Esto le llevaba en muchas ocasiones a realizar intervenciones cargadas de esa angustia, que no hacían más que reforzar ese patrón vincular, o a desactivarse, con idénticos resultados. El trabajo con esta cuestión también nos permitió registrar esto como situaciones, no de dependencia, sino de interdependencia, e identificar nuestra contribución al vector comunicación. El profesional también necesitaba preservar la omnipotencia, la ilusión de saber, el control, la seguridad y la confianza que en él se depositaba. Esto me impedía, en

muchas ocasiones, mantenerme al margen, aguantar silencios, observar, dejar al grupo trabajar y comunicarse, sin intervenir y sin hacerme cargo de esas depositaciones.

A medida que mi lugar se iba clarificando, mis intervenciones en este vector iban encaminadas a facilitar el intercambio de mensajes entre los miembros del grupo. Dar espacio para la expresión de necesidades, identificar no dichos, esclarecer cortocircuitos, sobreentendidos, malentendidos, conflictos latentes, etc. Estas intervenciones han permitido mantener activa la comunicación.

Las ausencias han sido una constante en este grupo. Era habitual que ante la ausencia de algún miembro nadie dijera nada. En ocasiones no venía el encargado de presentar la información y me preguntaban a mí qué había que hacer, algunos hacían como si no ocurriera nada y abordaban el tema como podían, y otros miembros adoptaban una actitud pasivo-agresiva. El trabajo con estos emergentes estimularon una comunicación cada vez más fluida en torno a sus intereses y sus necesidades en relación al grupo, conflictos, inseguridades, sentimientos positivos y negativos con sus compañeros, y cuestiones organizativas, lo que fue contribuyendo a que la tarea se fuera rellenando de sentido.

También se ha conversado mucho sobre términos que para cada uno tenían significados muy diferentes: el saber, la cultura, la memoria o el rol de informador. La posibilidad de pararnos a definir estos conceptos desde cada uno, ayudó a compartir los diferentes mundos internos. Han hablado de sus experiencias en la escuela, con los estudios y de la autoeficacia. También de sus experiencias como personas diagnosticadas, de la desconexión con el mundo que han sentido y de la inseguridad que les ha generado para relacionarse con otros. Igualmente, se ha dialogado sobre el cuidado dentro del propio grupo en conexión con su propia vida, se han compartido experiencias de no haberse sentido cuidados, de haberse sentido rechazados por los otros y de la necesidad de cuidarse en este espacio para no volver a vivir esas experiencias.

Aprendizaje

El aprendizaje es la fuerza que lleva a incorporar información al mundo interno del sujeto permitiendo su modificación, y se mide a través de la capacidad del grupo para adaptarse activamente a la realidad y cambiar. El grupo se planteaba la tarea de aprender cosas para sentirse más seguros en el mundo y en sus relaciones sociales, pero para ello era fundamental aprehender (hacerse con) lugares diferentes al de "enfermo mental", un lugar socialmente desprovisto de saber y desde el que tampoco podían acceder a él. Hablar del aprendizaje en este ámbito implicaba, entre otras cosas, hablar de cambios en la estructura yoica de la persona (sistemas de imágenes con los que se juzgan a sí mismos y a los demás) muy marcada por lo que Goffman

llamaba *“la carrera moral del paciente mental”*, que les permitieran incorporar aspectos sanos escindidos.

La propuesta inicial de desempeñar el rol de informador era una manera de experimentar con este cambio de lugar que lógicamente provocó que emergieran resistencias al cambio. Se hizo patente dentro del grupo la organización estereotipada de roles que ellos mismos sufrían en su día a día, representada en *los que saben y los que no saben*. En un principio, los usuarios encarnaban al que no sabía y el profesional al que sabía. Más adelante, esta organización se reprodujo entre los propios participantes. Se hacía manifiesta a través de emergentes como la omisión de responsabilidades de algunos miembros, la sobrecarga de otros, las ausencias frente a la función de informador o la rigidez en la manera de afrontar la tarea. Se manifestaba a través de verbalizaciones como las siguientes: *“ellos son los cultos, los que saben, y el resto no sabemos nada”*, *“que decida él el próximo tema”*, *“si ellos no están no se sostiene el grupo”*.

A través de emergentes como los expuestos, se hizo mucho trabajo para deconstruir los lugares tradicionales de saber y dejar espacio a una construcción subjetiva de los mismos. Hablando de qué ansiedades despertaba ese lugar, cómo se sentían cuando lo ocupaban, qué era para cada uno el rol de informador, qué aspectos les interesaba transmitir, cómo podrían/les gustaría transmitirlos, etc.

La transformación interna de los sujetos se observa en los cambios que se han ido dando en su manera de afrontar la tarea. Se mostraban mucho más seguros a la hora de expresar intereses, participar en los temas y presentarse voluntarios para hacer de informador. Ese rol se ejercía con más confianza y singularidad. El resto de los participantes, durante el debate, traían experiencias personales, hacían preguntas, planteaban dudas y cuestiones que no comprendían con mucha más fluidez. Algo de lo que se ha ido incorporando en este tiempo a través de las experiencias, como la seguridad en ellos mismos, la confianza en el grupo o el impulso al conocimiento, les ha permitido adoptar posiciones mucho más activas en la relación con la tarea y con su entorno. Los siguientes pasajes extraídos de sesiones del grupo de *Cultura* dan muestra de esta evolución.

En una sesión uno de los miembros en el que se venía depositando el peso del grupo, comenta que no ha podido traer la parte de información que le correspondía por haber sufrido un ingreso. Habla de que se está recuperando y no se encuentra con fuerzas para ir a la biblioteca ni leer. Aun así, devuelve al grupo que ha venido porque solo el hecho de estar aquí le ayuda, dice que el grupo le da “una estructura y una rutina” y “me llena el poder compartir conocimiento”. El grupo le recoge. Esto supone un aprendizaje para el grupo y para él. Él puede moverse de ese lugar de líder, sostenedor

del grupo, y el grupo ve que puede seguir funcionando. Esto le permite a él también acercarse al grupo desde un lugar conectado también con su propia vulnerabilidad (cuestión central en su proceso), lo que al final le permite vincularse de manera más profunda con el grupo y sus miembros, y al grupo, le permite recuperar lo depositado en él.

Tras una sesión en la que se habló de “energías renovables”, un miembro propuso hablar del carbón. Es una persona que desde el inicio expresó sus dificultades para “enterarse de las cosas”, que pedía ayuda a su mujer y sus hijas para buscar información en internet y que después traía sin haber leído previamente, muchas veces no sabía ni lo que traía. En esta ocasión, hizo una breve exposición sobre los tipos de carbón y formas de producción para dejar de lado los papeles y empezar hablar de su experiencia con el sector. Nos explicó que su padre tuvo una carbonería durante más de cuarenta años en la que él trabaja desde muy pequeño. Tras la preciosa exposición que hizo del tema, la gente participó, le hizo preguntas y conectaron con experiencias personales.

Un miembro prepara una sesión en torno al tema del amor sin ningún tipo de material, al principio genera extrañeza que no traiga nada preparado y él mismo se disculpa por esto. Sin embargo, empieza a hablar sobre lo que él entiende que es el amor y sobre sus relaciones amorosas. Esto da pie a una sesión emocionante repleta de experiencias personales relacionada con el amor. El grupo devuelve, con cierta sorpresa por lo heterodoxo del método, la fluidez y la naturalidad con la que hoy se ha presentado el tema, erosionando con ello un poco más la estereotipia en relación a ese rol.

Telé

La telé es la energía que dispone a cada uno de los integrantes del grupo para trabajar más con unos integrantes que con otros. En este grupo se ha podido observar que los avances en otros vectores han incrementado la capacidad de aprendizaje de los participantes, y esto se ha reflejado en que las personas iban conquistando lugares más activos y conectados con su individualidad. Cada vez mostraban más facilidad para hacer propuestas relacionadas con sus intereses y, en los debates posteriores, expresaban con fluidez sus opiniones, mostraban ideologías y compartían vivencias personales. Cada vez se sentían más seguros, podían abrirse más y conocerse mejor.

Esto ha llevado a que las relaciones se hicieran más reales y más plásticas, por tanto, menos transferenciales. Esta cuestión es fundamental para lograr uno de los objetivos del Centro de Día, que es facilitar que se generen redes de apoyo consistentes. Desde los roles más estereotipados, llenos de aspectos repetitivos y depositaciones, es imposible establecer relaciones profundas. Estas sólo se pueden establecer cuando puede darse paso a la *persona real* y conectar desde ahí con otra con la que se siente

compatibilidad. Esto impulsa la tarea porque les permite asociarse y trabajar de manera más productiva con aquellos con los que sienten mayor afinidad. A continuación expongo algunos pasajes del grupo que ejemplifican la evolución en este vector.

Un miembro expresa su pesar cuando un compañero, que al principio era visto como acaparador-monopolizador, no viene, mostrando de manera explícita su deseo de trabajar con él "es una pena que no haya venido M. porque participa mucho... es mi interlocutor".

Dos personas que han discutido mucho y se han enfrentado en el grupo, empiezan a poder ver aspectos en el otro desde los que conectan. Una de ellas, que albergaba muchos prejuicios hacia las personas de etnia gitana, pudo escuchar del otro una exposición sobre la labor de chatarrero que él desempeñaba, que reconoció le hizo respetar mucho más a estas personas y por ende a su compañero.

Un usuario comentaba hace poco que ahora admiraba profundamente a otro compañero por experiencias que había relatado: cómo se había ganado la vida desde pequeño, sus creencias religiosas y su actitud en el propio grupo. Esto, no solo le hacía sentirse cada vez más vinculado al grupo, sino que trascendía este espacio, refirió que cada vez se sentía más cómodo viniendo al Centro de Día y que incluso se ha propuesto participar en otras actividades del recurso como la comida de navidad en la que nunca había estado.

4. CONCLUSIONES

Nuestro trabajo diario en el Centro de Día gira en torno a la desconexión social, hecho que muchas de las personas diagnosticadas señalan como causa de su sufrimiento. Desde mi punto de vista, no hablamos de personas que no posean o hayan perdido, como consecuencia de una enfermedad, sus habilidades para relacionarse con otros. Tampoco hablamos de personas que rechacen el contacto con los demás o hayan optado por un funcionamiento autista. Hablamos más bien, según lo que se ha ido construyendo en este grupo, de una distancia social que se ha acabado imponiendo tras intentos frustrados de comunicación.

En el origen de lo que llamamos *enfermedad mental*, encontramos con frecuencia vivencias traumáticas que no han podido ser compartidas. Lo más traumático, y lo que deja a la persona definitivamente aislada, no es tanto ese suceso biográfico concreto, sino la ruptura en la comunicación de estos hechos. En muchas ocasiones, sus vivencias, o la forma de expresarlas, se alejaba de la norma y era nombrada de manera cerrada desde instancias de supuesto saber a través del diagnóstico. Esta apropiación

de la experiencia del otro supone una ruptura en la cadena de comunicación. Siguiendo a Judith Butler, diríamos que actúa como una circunscripción violenta de los modos subjetivos de expresión de las propias vivencias. En última instancia, este acontecimiento dejaría desconectada a la persona y supondría un obstáculo para su aprendizaje y el de la sociedad a la que pertenece, ya que impediría la integración de una parte fundamental de la experiencia.

Este es un pasaje habitual y trascendental en la vivencia de muchas de las personas a las que atendemos. El sujeto es desprovisto de su legitimidad, ya no alberga ningún saber en relación a lo que le ocurre, y esta experiencia le ubica socialmente en un lugar de “no saber”. Desde ahí, la persona se siente desconectada del mundo y de su propia subjetividad, y esto dificulta su desarrollo personal y sus relaciones sociales.

Podríamos decir que el grupo de Cultura ha servido de alguna manera como una experiencia emocional correctiva. A lo largo de los cuatro años que ha durado el grupo, sus participantes han podido revisar los lugares desde los que venían, conectarse con aspectos de su singularidad, experimentar con otros lugares y relacionarse desde ahí.

Hemos visto que cuando las personas han conectado con sus necesidades y las han comunicado en el grupo, han dado con fines comunes y ha aumentado el sentido de pertenencia. El grupo cohesionado les ha aportado fuerza para autorizar y validar su propio saber. Esto, sumado a la re definición del concepto de saber, ha supuesto una transformación en su mundo interno que les ha conectado aún más con su propia subjetividad y les ha empoderado para ocupar lugares, lugares de *saber*, desde los que operar con la realidad de manera singular, con dos consecuencias muy importantes para el trabajo en rehabilitación. En primer lugar, les ha permitido establecer relaciones desde aspectos genuinos de su personalidad, lo que ha facilitado el establecimiento de vínculos más consistentes. Y en segundo lugar, se han ido sintiendo autorizadas y con legitimidad para definir, en sus propios términos, lo que les ocurría, lo cual les ha habilitado para adoptar una actitud más activa en su proceso. Ambos elementos son capitales en nuestra manera de entender la rehabilitación y facilitan que la persona vuelva a sentirse conectada con el mundo.

BIBLIOGRAFÍA

- Adamson, G. (1985) "Proceso corrector en la psicología social de Dr. E. Pichon-Rivière". Ediciones Cinco.
- Butler, J. (1990) *El género en disputa: feminismo y la subversión de la identidad*. Editorial Paidós.
- Buzzaqui, A., *El grupo operativo de Enrique Pichon-Rivière: análisis y crítica*. Tesis doctoral, Madrid, 1999.
- De Felipe, V., Vílchez, F., Larrosa, A. "Análisis cualitativo sobre los vectores del cono invertido en Psicoterapia grupal". Área 3. Cuadernos de Temas Grupales e Institucionales. 2018; (Extra nº3): 1-20. www.area3.org.es.
- lñón, C. (1997). <https://es.scribd.com/doc/7105834/Vectores>.
- Manigot, M. (1968) "Intervenciones desde el vector comunicación". Ediciones Cinco.
- Manigot, M, Fumagalli, C. (1983) "Intervenciones del coordinador". Primera Escuela Privada de Psicología Social. Curso quinto.
- Manigot, M. (1987) "La función del coordinador: Su razón de ser en el grupo". Revista Temas de Psicología Social n.º 9.
- Manigot, M (1992) "Comunicación humana en los pequeños grupos". Clases dictadas en la Primera Escuela Privada de Psicología Social. Curso primer año-año 1992.
- Pichon-Rivière, E (1981). *El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología social (I)*. "Estructura de una Escuela destinada a la formación de psicólogos sociales". Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Pichon-Rivière, E.(1980) *Teoría del vínculo*. Buenos Aires. Argentina. Nueva Visión.
- Preciado, Paul B. (2019) *Un apartamento en Urano: Crónicas del cruce*. Editorial Anagrama.
- Tarí, A. (2015). "Factores terapéuticos y antiterapéuticos grupales. Una mirada desde la concepción operativa de grupo". Área 3 Cuadernos de Temas Grupales e Institucionales. Nº 19. www.area3.org.es.
- Tarí, A. (2006) "Notas sobre trabajo el trabajo grupal en los dispositivos de rehabilitación". Congreso internacional "Actualidad del grupo operativo". Madrid 24-26 febrero. www.area3.org.es.